

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

14

Hermano Pierre-Yves

Placer, Felicidad, Alegría

Introducción

«El Señor y la Señora du Pont tienen el placer –o mejor dicho, la alegría– de anunciarles el nacimiento de su hija Clémentine»... Hablar de felicidad, en este caso, resultaría enfático. Si, más adelante, con motivo de sus veinte años, organizan un baile para ella, escribirán que tienen el placer –o más bien, el honor– de invitarles... y no la alegría, cosa que no procedería. Asimismo, si anuncian su compromiso con el Señor Donatien, escribirán que tienen el placer, ya que la alegría o la felicidad serán de Clémentine, o así lo esperamos. Y si Clémentine y Donatien anuncian su enlace, escribirán

que tienen la alegría de anunciar... hablar de placer aquí sería demasiado ligero, demasiado débil; y hablar de felicidad sería anticipar demasiado las cosas: sobre la felicidad, esperemos a ver qué pasa...

Estos ejemplos utilizados en el lenguaje y las costumbres dejan entrever un parentesco existente entre estos tres temas. En parte se entrelazan. Expresan tres niveles que se relacionan, aunque también ponen de manifiesto matices diversos. El placer, de entrada, suele estar ligado a las circunstancias; lo percibimos parcial, ocasional, pasajero; es también muy inmediato y se refiere más bien a la vida de la tierra. La felicidad se revela menos ligada a una determinada circunstancia u ocasión, y suele ser más duradera, más amplia y profunda; la sentimos como un estado interior, una armonía con uno mismo y con la existencia.

Podemos decir sobre la alegría lo que acabamos de señalar con respecto a la felicidad, pero con un matiz claramente más espiritual, inefable, inalcanzable, misterioso, ya que ésta brota del misterio fundamental de nuestro ser. La atraviesa un impulso, un fervor, un asombro, un estremecimiento.

En efecto, existen diferencias de matiz. Pero lo que caracteriza a los tres estados es lo siguiente: por una parte son algo que se recibe, que se acoge, no se fabrican a partir de uno mismo de forma artificial; esto sucede especialmente con la alegría. Por otra parte, no hay absolutamente nada de pasivo en esta acogida: si simplemente esperamos estos estados como algo que nos es debido y que debemos consumir, no ocurrirá nada. Recibirlos supone decidir que existan realmente

dentro de nosotros, elegirlos una y otra vez, cultivarlos, cuidarlos como lo haríamos con un fuego. No permanecen en el exterior, como objetos; no, somos nosotros quienes sentimos placer, quienes nos disponemos a ser felices o quienes estamos atentos a ser alegres –en otras palabras, a descubrir la alegría, dándole existencia y expresión en nosotros y alrededor nuestro.

Puede que una determinada educación, un cierto ambiente moralista y austero nos hayan conducido a diferenciar demasiado estos tres temas. Sin llegar a depreciar o a condenar el placer, con frecuencia lo hemos mantenido a distancia, y en todo caso lejos del ámbito de lo espiritual, relegándolo al territorio de lo superfluo. En cuanto a la felicidad, tendemos a oponerla a la alegría como una actitud necesariamente interesada y egocéntrica. La influencia de Kant (filósofo alemán del siglo XVIII) se percibe en este ámbito. Al pretender proteger la moral de todo eudemonismo –de la búsqueda de la felicidad como su principio– Kant la fundamenta sobre la razón con toda la objetividad que implica; la de una ley válida para todos.

Desde una perspectiva cristiana, o por lo menos espiritualista, sólo la alegría podría ser considerada aceptable como valor humano y espiritual. De hecho se la puede relacionar con el agradecimiento, con la acción de gracias y la alabanza. Por ello se revela eminentemente gratuita. No obstante, esta no es una razón para oponerla a la felicidad. Pensemos en la cantidad de veces que el adjetivo «feliz» aparece en el Antiguo Testamento, y más aún en las Bienaventuranzas del evangelio. Es verdad que expresan paradojas, sobre

todo en la versión primitiva de San Lucas (6,20 ss). Podemos resumirlas así: felices los tristes, no porque la tristeza sea un gozo, sino porque en la persona de Jesús que las proclama, se da comienzo a la promesa del Reino.

Pero Jesús no es Kant! No desprecia la esperanza y el deseo de felicidad que habitan el ser humano. La versión de San Mateo (5,2 ss), que indica en cierto modo la cúspide de la experiencia cristiana, sugiere que al vivir en este estado de felicidad, se experimenta una cierta sabiduría. Aun así, la paradoja se mantiene y la entendemos de este modo: la alegría es una realidad bien presente, pero sobre el horizonte del futuro de Dios; una realidad palpable tras la primera venida de Cristo, pero la verdadera plenitud se alcanzará con su venida final.

Aun teniendo presentes las diferencias, lo que se pretende en las páginas siguientes es mostrar tres etapas que se entrelazan entre estos tres temas. En efecto, no resulta fácil distinguirlos, y podemos afirmar de uno lo que decimos de los otros. Pero lo más importante es ser conscientes de un necesario ir y venir desde el placer a la felicidad, desde la felicidad a la alegría, y también desde la alegría y la felicidad hacia el placer. De esta dinámica depende la verdad, la salud psicológica y la intensidad de los tres estados.

El placer

Quizás debemos remontarnos al origen del problema: el recuerdo que podemos tener de nuestra infancia sobre una oposición entre el deber, el esfuerzo y la obediencia, por una parte, y el placer por otra. Por ejemplo, antes de ir a jugar, debíamos hacer los deberes o el trabajo al que estábamos obligados en casa. ¿Estaremos marcados desde entonces y para siempre a elegir entre el deber y el placer? Esta elección puede resultar infantil, y quizás es inevitable durante una fase de crecimiento en la que la personalidad está aún poco construida, más dominada por la afectividad. Pero esta oposición no es más que accidental y se refiere a un breve periodo de tiempo (¡aunque puede que no salgamos jamás totalmente de la infancia!). Sabemos que una buena pedagogía se orienta a suscitar interés, juego, pasión, y por tanto placer, más que a imponer obligaciones desde fuera. Claro que en la vida no todo es juego –ni por tanto placer. Pero, ¿y si nos proponemos hacer de nuestra misma existencia un juego, un desafío? ¿si nos convertimos inteligentemente en nuestros propios pedagogos, para que se desvanezca la oposición entre deber y placer?

No se puede negar que el placer juega un papel considerable en el desarrollo, siempre en proceso, de la persona humana: la construye, la estructura en sus fundamentos. Suscita y sostiene proyectos, progresos, esfuerzos en todos los ámbitos.

Freud puso mucho énfasis en la búsqueda del placer, aunque ésta ya era una cuestión importante en la filosofía greco-latina, para Aristóteles en particular, y

también después para los Padres de la Iglesia y durante la Edad Media. Santo Tomás de Aquino consagra al placer todo un tratado de su Suma. De hecho placer y voluntad, frecuentemente en tensión a nuestros ojos, se consideran efectos de una misma realidad esencial: el deseo. Nosotros somos deseo en respuesta a un Deseo primero, misterioso, que nos llama a la existencia. Esto es verdad para todos, aunque no todos reconozcan a Dios creador. Somos deseo de ser, deseo de ser siempre más, deseo de conseguir, de crecer, de durar, de que cuenten con nosotros, deseo de ser felices. El placer se experimenta entonces cuando el deseo se cumple, al menos de forma parcial. Y la voluntad (volveremos a ello) consiste en saber moderar el deseo, ya sea para que se mantenga como deseo sin dañarse, ya sea para llegar a otro, mayor, más deseable.

El deseo forma parte de la existencia, de nuestra existencia más elemental, desde el inicio de la vida. En una primer fase, el cuerpo quiere saciar sus necesidades más inmediatas: comer, dormir, descansar en el regazo materno; y más adelante, moverse, caminar, tocar y tirar todos los objetos, descubrir el mundo que nos rodea. El placer se refiere, pues, al mundo tal y como los sentidos lo perciben, y también a nuestra relación con nosotros mismos. Es, por tanto, esencialmente afectivo, y actúa allí donde las cosas nos tocan, nos afectan. Hablamos del placer del cuerpo, pero hemos de tener en cuenta que el cuerpo no es sólo físico: es símbolo de nuestra interioridad, y desde la experiencia del cuerpo el ser humano puede alcanzar su mundo interior. Esta es la tesis que defiende con fuerza la

psicología moderna. Podemos deducir que el placer, incluso el más corporal, afecta al conjunto del ser y se extiende por nuestra imaginación.

Siempre en relación con el placer, hemos mencionado la existencia de un acuerdo interior entre uno mismo y su propia naturaleza. Pero nuestra naturaleza no consiste solamente en estar sumergidos en nosotros mismos, sino también en emerger: supone una trascendencia, una búsqueda de libertad, de originalidad, una necesidad de sentido, es decir un dinamismo y una dirección. Todo ello se pone en funcionamiento a medida que nos convertimos en un ser con palabra: ésta es la que aporta la fuerza de organización entre el cuerpo, la psique y el espíritu. A la vez que ligado a lo más instintivo, a lo más inmediato de la vida, el placer lo está a lo menos inmediato y más exigente, a lo que se encuentra más allá de uno mismo. Así vivido generara una pasión por el conocimiento. El placer se desarrolla pues en una búsqueda de conocimiento, en cuanto perteneciente al ámbito de lo afectivo, al deseo fundamental de vivir. Y aquí es cuando la inteligencia entra en juego. Aunque en un principio se busque el conocimiento para aumentar las fuentes del placer, el placer mismo puede transformarse en algo más gratuito. Pero este movimiento de ir más allá requiere la voluntad, un tema que hemos señalado brevemente más arriba y en el que conviene detenernos ahora.

Al aumentar su conocimiento y su experiencia, el ser humano ha de hacer frente a una serie de elecciones necesarias. Esto sucede ya en la vida de un niño pequeño. Un determinado placer, más lejano, implica

renunciar a otros placeres más cercanos, más fáciles, e imponernos un esfuerzo para conseguirlo. Nos encontramos en el ámbito del juego, pero requiere una disciplina. Para ir a robar mermelada tendremos que poner una silla delante del armario, quizás poner un libro sobre la silla, arriesgarnos a caer al suelo, y todo ello mientras podríamos quedarnos sentados chupándonos el dedo.

Existe pues en el ser humano la capacidad de moderar el deseo, de tener una visión a más largo plazo y de funcionar mediante iniciativas y renunciaciones, sin dejar de progresar y ser dueño de sus acciones y pensamientos. Ver más allá, organizarse hacia el objetivo, decidirse, ponerse en marcha con la fuerza de una convicción: ¿no hablamos de la voluntad? Ésta se encuentra ligada al placer como si de su amigo –y no su enemigo– se tratara. No la confundamos con un voluntarismo crispado: la voluntad está al servicio de la libertad.

Acabamos de referirnos al papel de la inteligencia y de la voluntad con respecto al deseo, cuyo ámbito más cercano es la afectividad. El placer hace, pues, que el deseo, la inteligencia y la voluntad funcionen en estrecha solidaridad. Sin la voluntad, entendida como la capacidad de decidir algo y de llevar a cabo una decisión con convicción, el ser se hunde, y de esta forma se pierde la posibilidad de alcanzar el placer. Es más, sin la inteligencia y sin la palabra que la estructura, el ser se pierde en su subjetividad, y el placer se ahoga enseguida. Pero es la afectividad, en tanto en cuanto relación esencial con nosotros mismos, la que siente el placer. Cuidémonos pues de pensar o expresar el

mal y cuidémonos de aislarnos. Concentrándose en sí misma, la voluntad nos pertenecerá realmente, y no será una especie de estructura exterior. Y en esta misma dinámica de concentrarse en sí misma, la inteligencia no correrá el riesgo de ser un puro conocimiento abstracto.

Debe existir por tanto un vaivén entre los tres órdenes que nos forman: la afectividad, la inteligencia y la voluntad (entendida como la afectividad que se organiza en función de un proyecto, de una escala de valores). Ciertamente es la afectividad, invitada gentilmente por la voluntad y la inteligencia, la que entra en su movimiento, la que cultivará el placer y los sostendrá maravillosamente en sus esfuerzos. Repetimos: es más fácil aprender, querer, y hacer un esfuerzo con placer que fustigarse salvajemente.

Placer y realidad

Referirse al principio de realidad supone no quedarse anclado en un idealismo irrealista. Podemos caer en la tentación de confundir nuestros deseos con la realidad, es decir, negar los hechos, rechazar ver las cosas cara a cara, imaginarlas según convenga. En este caso, el placer conduce a una pura ilusión, y a un porvenir que desilusiona.

¿Cómo definir esta realidad? En primer lugar es la que afecta a los otros, lo que ocurre, la realidad de las cosas. Desde la infancia hemos tenido que aprender que el mundo de las personas y los hechos no existe

en función nuestra, que no es un satélite de nuestros caprichos. Hemos de pasar desde la fusión del niño pequeño con su madre y con todo lo que le rodea a una relación de alteridad. Si para mí el placer consiste en que todo se organice a mi gusto, puedo correr el riesgo de la decepción. En una novela de Giono (*Les deux cavaliers de l'orage – Los dos jinetes de la tormenta*) se esconde una cierta sabiduría. Durante un diálogo entre dos mujeres que tratan de adivinar el futuro tirando plomo fundido al agua, una de ellas pregunta: «¿Y si no dice lo que usted quiere?» La otra contesta: «Pues bien, se tratará de querer lo que dice». En este mismo sentido, San Agustín cita a Terencio, autor cómico latino: «Como no puedes hacer lo que quieres, haz lo que puedes». Ambos ejemplos muestran como en muchos casos, la solución es aceptar lo mejor que ofrece la realidad para encontrar ahí el placer, o al menos desearlo sin renunciar a ello.

En segundo lugar, en la realidad el placer se presenta en plural: «los placeres». Estos placeres, aunque tienden hacia una cierta felicidad, son pasajeros. Si un placer se convierte en el objetivo de mi felicidad, si absorbe toda mi capacidad de deseo, perderé la perspectiva. Durante los pasados juegos Olímpicos leímos en un periódico que la única pasión de uno de los atletas era saltar lo más lejos posible. Si este es realmente el único objetivo de su deseo, no estaríamos hablando de una persona humana, sino...de un saltamontes. El deseo tenderá pues a ser siempre mayor que el placer, a una apertura más allá de uno mismo. En este sentido, la sabiduría del placer mismo lo protegerá de la

bulimia, de la avaricia que lo dañaría si se convirtiera en su propio fin (en ambos sentidos de la palabra). No en vano la gallina de los huevos de oro es un mito: es justo disfrutar de los huevos, pero no matar a la gallina. Es justo desear los placeres pero no llegar a secar la fuente.

Tocamos aquí un tercer aspecto de la realidad con respecto al placer. El sentimiento de plenitud que acompaña al placer sólo lo acompaña por añadidura. Quiere decir que buscar el placer por el placer, como un fin en sí mismo, significa perderlo. No podemos aspirar a él más que de forma indirecta. Esto se aplica a todos los ámbitos de la vida: al practicar un deporte, al tocar un violón Ingres, al organizar una colección...Si uno se dedica a ello sólo para conseguir un placer, en breve dejará de encontrarlo. Para que una actividad, sea la que sea, conlleve un placer, debemos sentir una cierta desenvoltura y un cierto dominio, unido a la creatividad y a la realización de uno mismo. Ello requiere buscar la calidad y esforzarse en progresar. Así entendido, el placer no se identifica con lo que imaginamos como espontáneo. Por ejemplo, si tocamos el violón por placer y este placer es el único objetivo, nos cansaremos muy rápido, ya que el placer consiste en tocar lo mejor posible, superar las dificultades, conseguir una cierta perfección que está siempre por definición más allá de lo que llevamos a cabo en el momento presente. Esto sucede a todos los niveles: si uno es un aficionado al vino con el único objetivo de tomar copas, el placer se agotará enseguida y dejaremos de ser aficionados. Esta afición requiere el gusto de probar, comparar, hablar;

implica todo un proceso que acompaña a la degustación y que lo hace ser un placer de calidad. Lo mismo sucede con la gastronomía y con todo en general.

Estamos llamados a crecer, a madurar, a la contemplación, más allá de nosotros mismos. Por eso es esencial a nuestra verdad humana desear el placer como un eco, una intensidad en aumento, y no como el objetivo. Ya seamos cristianos o tengamos un sentido religioso, cada cual puede reconocer esto: que no somos nuestra propia fuente ni nuestro propio objetivo. La vida nos es dada, se recibe y se ofrece en el intercambio de una alianza. Nuestro pasado es mucho más antiguo que nuestro nacimiento, y nuestro futuro infinitamente más lejano que nuestra muerte. Este es el marco en el que se sitúa el placer.

Placer y felicidad

A continuación trataremos de esbozar la relación entre placer y felicidad. A partir de nuestras experiencias multiformes del placer podemos percibir verdaderamente lo que es la felicidad y aspirar a ella con esta intuición: la felicidad constituye una experiencia interior más profunda y sobre todo más global, más estable, menos inmediata, menos ligada a las circunstancias que el placer. Ya que, aun más que el placer, la felicidad se nos debe revelar a partir del sentido que damos a nuestra vida –un sentido, hemos visto, que está más allá de uno mismo y que va más lejos, que determina mi futuro. Este sentido, y la felicidad que lo

acompaña, proceden de una fe, ya sea cristiana o simplemente humana (¡ya que siempre estamos habitados por una fe!): una confianza, un ideal a contemplar, el reconocimiento de que nuestra vida tiene un sentido. La felicidad supondrá, pues, alcanzar ese ideal, tender hacia él y en parte vivirlo. Si esta fe es cristiana, la felicidad plena consistirá en experimentar a Jesús la mañana de Pascua, en verse acogido por él en una vida que no cesará de expandirse y profundizarse en uno mismo, en el otro y en el mundo. Una vida reconciliada, en comunión con el Padre de Jesús y con sus hermanos, con una gran humanidad. Pero no imaginemos esto como un tiempo sin fin, donde no ocurre nada: ¡esto sería muy aburrido! Imaginemos más bien un instante de plenitud sin interrupción, un instante en el que Dios no cesa de darse con una novedad inagotable.

Si la felicidad se encuentra en el ámbito de la fe –o en todo caso de una fe– ¿cómo evitar caer en un conocimiento puramente abstracto? ¿Cómo sabremos complacernos en Dios? ya que, según dice un autor cisterciense del siglo XII, «para complacer a Dios, hay que complacerse en Él» –o lo que es lo mismo: confiarle el placer y encontrarlo en Él. ¿Cómo podrá nuestra afectividad esperar a Cristo, imaginar su Reino y disfrutarlo por adelantado, si no es sacando todo el partido posible de nuestra experiencia más inmediata y más elemental del placer de vivir? Es esta experiencia la que da fuerza y realidad concreta a la felicidad esperada. El placer juega entonces un papel simbólico irremplazable. Dios dispone así las cosas. Pensemos sólo en el sacramento de la Eucaristía, que es el sacra-

mento que expresa la felicidad y la fiesta del Reino. No hay nada más espiritual. Y sin embargo, la eucaristía adopta la forma de un banquete, con todo lo que conlleva de inevitablemente unido al placer de comer y de beber, –si bien trascendido y reducido a lo esencial– y al bienestar del cuerpo. Siempre que, evidentemente, haya algo para comer y beber, y ofrezca un gusto, un sabor... Así, lo espiritual se encuentra con lo más carnal en nosotros, y extiende su savia.

Este es el servicio que el placer ofrece a la felicidad: este papel simbólico, ofreciéndole imágenes y un soporte en nuestra experiencia más elemental. Al mismo tiempo, el placer no puede quedarse en un fin en sí mismo: su razón de ser es estar a la espera de otra cosa, casi inefable. Y el servicio que la felicidad ofrece al placer es abrirle más allá de sí mismo, hacia lo que no es pasajero. Es más, según la idea que yo tenga de la felicidad podré decidir qué placer es bueno, deseable, o al menos admisible, y qué placer, aun legítimo en sí mismo, no lo es, por ser ajeno o incluso contrario a esta felicidad, un derivado, una huida, algo sustituible.

Tanto es así que si nuestro deseo se orienta hacia una gran felicidad, a una obra importante o a un proyecto de envergadura, no podremos al mismo tiempo dispersarnos en mil placeres, por mucho que éstos sean legítimos. Debemos aceptar una cierta modestia en lo que concierne a los placeres. La sabiduría antigua decía sobre la felicidad: *Ne quid nimis*, «Nada de demasiado» [nada en exceso], porque una cierta frugalidad, templanza y moderación, dejan al espíritu más libre para emprender la obra que nos hemos propuesto. ¿Supone

esto la supresión de todos los placeres? En absoluto, pero sí conlleva la voluntad deliberada de complacerse en cosas sencillas, de limitar nuestras necesidades y nuestro consumo, de apreciar con delicadeza lo que por ser tan elemental nos arriesgamos a olvidar: el perfume del aire (cuando no hay polución), la calidad cambiante de la luz, el hecho de caminar, de ver los objetos en un día particular, de comer una manzana, un trozo de pan...

Encontrar a Cristo, dejarse interpelar por él, elegir a Dios, vivir el evangelio con un cierto rigor, no significa renunciar a la felicidad, ni siquiera al gusto por el placer. La elección no se plantea entre Dios y la felicidad, sino en hacer de Dios y de su alianza nuestra felicidad primera y el criterio de lo que para nosotros es el placer. San Agustín nos asegura: «Todo hombre que se ha vuelto hacia Dios, ve que sus deleites cambian, sus delicias se transforman: no se ahogan sino que se desvanecen». «No hay nadie que no ame, pero se trata más bien de saber lo que amamos. No estamos llamados a no amar, sino a elegir lo que debemos amar. Pero, si no somos elegidos primero ¿cómo elegiremos? Ya que no podemos amar si no somos amados primero».

De este modo, el placer aporta a la felicidad su carne, su experiencia concreta. La felicidad, por su parte, indica desde su exigencia la elección de los placeres y revela su relatividad. Pero a veces el placer no se contenta con ser relativo y en ese caso tiende a ocupar todo el espacio, a movilizar todo el deseo, a reemplazar a la felicidad. Es su tentación de caer en lo fácil. Se exige, pues, lucidez, dominio, no contra el placer, pero

sí en aras a su verdad, ya que ningún placer, vivido de la forma que sea, puede asemejarse a la felicidad a la que aspira.

De la felicidad a la alegría

¿Cómo abordar la alegría a partir de lo que hemos visto? Al ser una experiencia subjetiva, se revela todavía más misteriosa y difícil de entender que la felicidad. Pero objetivamente, desde un punto de vista cristiano, es un don de Dios y una virtud del hombre, una fuerza que eleva, una actitud que refleja el amor y la fe.

Hemos subrayado más arriba que la felicidad plena es como un futuro todavía deseado, y que en cierto modo ya hemos percibido. Se trata de una experiencia verdaderamente nuestra y mucho más que nuestra. Esta espera es la que permite que nuestra felicidad terrena no se cierre en sí misma, ni se oscurezca. Es esta espera la que impide huir hacia el territorio de la ilusión y experimentar la decepción. También es la que custodia la felicidad y la alegría como prefiguración de lo que desafía a la imaginación, y que no obstante hay que tratar de imaginar. De lo contrario, ¿cómo asombrarse, prepararse, esperarlas con una vigilancia dinámica?

Proponemos pues considerar la alegría como la capacidad de vivir, desde ahora, esta felicidad futura, de saborear el presente. La alegría, por tanto, como anticipación de sí misma y como la forma inteligente de considerar la felicidad como algo más real que todo

lo que sucede en el instante mismo. Por otro lado, la alegría está indudablemente influida por las circunstancias, pero a diferencia del placer, no depende de ellas. Para un cristiano esto no se trata de una mera hipótesis. Reconoce la fuente de la alegría en la resurrección del Señor y está invitado a recibirla como un fruto del Espíritu Santo: «El fruto del Espíritu, dice San Pablo, es amor, alegría, paz, confianza en el otro, dulzura, dominio de sí» (Gálatas 5,22 s). Analicemos la palabra: un fruto está destinado a madurar; este fruto adopta la forma de una convicción interior y en este sentido de una fuerza en la que nos movemos activamente. Esta fuerza se renueva en el agradecimiento, la admiración, la alabanza, y lleva a cabo principalmente en paz, con un fondo de serenidad.

Somos en gran parte responsables de nuestra felicidad, pero no podemos imaginar que pueda ser objeto de una exhortación. Sed felices: esto señala más bien una promesa. Y sin embargo, San Pablo exhorta claramente a la alegría como uno de los requisitos del evangelio: «Alegraos siempre en el Señor» (Filipenses 4,4). No sólo cuando el corazón os lo diga, sino «siempre». Y no buscando primero las razones en uno mismo sino «en el Señor», es decir, en la conciencia viva de vuestra comunión con el Resucitado, a la espera de sus promesas.

Frente a la desilusión, a la desgracia, al sufrimiento

En los versos que siguen (v. 4 a 7), el Apóstol revela el secreto de la alegría: en lugar de mantenerlas, transformar la agresividad y la angustia en una fuerza serena y confiada de dulzura tranquila. Puede resultar más fácil decirlo que hacerlo, pero el Apóstol revela otro secreto: es preciso deshacerse de las inquietudes y confiarlas a Dios en la oración, tan frecuente como sea necesario. No hay en ello nada de mágico, y no apelamos al método Coué (basado en la autosugestión de la hipnosis), pero sí es necesario confiar las inquietudes a Dios y tomar distancia, observarlas con perspectiva, y no compadecerse de uno mismo o buscar que otros se compadezcan. Todo ello no ocurre en el acto, pero la oración «incesante» es perseverante. Sucede entonces que la inquietud puede transformarse en una oportunidad para vivir una comunión más estrecha con el Señor, en confianza; para acoger más íntimamente dentro de sí la experiencia de su victoria, en solidaridad con sus sufrimientos. Y así viviremos misteriosamente esta experiencia espiritual: que la proximidad a Dios y la fuerza de sus promesas son aun más reales que lo que ocurre alrededor. Esta experiencia refleja, incluso en medio de la inquietud, algo que pertenece al ámbito de la alegría, y que no tiene nada de pasivo o de construido: es algo que se recibe y al mismo tiempo que se desea.

Hay otro secreto más que revela San Pablo: esta oración irá acompañada de acción de gracias. Ya hemos hecho alusión a ello. La acción de gracias es una gran fuerza,

primero porque contribuye a desapegarnos de nuestro yo inquieto para volvernos a Dios. También porque anuncia con audacia el cumplimiento de la oración, la liberación que se espera de Dios. Y expresar agradecimiento por adelantado es de algún modo acercar el futuro. La acción de gracias es además lo que nos permite entrar en la paz de Dios, que supera toda inteligencia y «custodia nuestros corazones y nuestras mentes».

Pero no sólo hay que hablar de inquietud. También existe todo lo que es contrario a lo que deseamos, al bien en el que confiamos e incluso a aquello que hemos pedido en la oración. ¿Qué ocurre entonces con la alegría? Hemos abordado ya esta cuestión con respecto al placer, y encontramos una respuesta profundamente sabia: si no tienes lo que quieres, quiere lo que tienes. Esta reacción sana y realista puede alcanzar su verdad plena cuando se convierte en sabiduría de la fe. En relación con este tema, San Agustín, en *Acerca de la vida feliz (De beata vita)*, cita a Terencio (el autor latino que ya hemos mencionado más arriba): «¿Cómo será de desdichado el hombre al que nada le sucede independientemente de su voluntad, porque lo que ve que no le puede ocurrir, no lo puede querer?».

Aun verdadera y desde un punto de vista puramente humano, una actitud tan estoica corre el riesgo de resultar tan admirable como poco envidiable, y de hecho muy poco «humana». Pero para San Agustín, esta actitud se humaniza precisamente por el hecho de no ser simplemente humana: la recibimos de Dios en fe y en amor. Supone ser conscientes de que Dios quiere nuestra verdadera felicidad y nos la revela. Por otra

parte, la felicidad presente y futura –ya percibida con la alegría– consiste en adecuar nuestro deseo y nuestro querer al de Dios, viviendo los acontecimientos en comunión con Él: «Que se haga tu voluntad». Esto no es automático: Dios lo realiza con y en nosotros, con el tiempo que necesitaremos....)» Si alguno está decidido a ser feliz, dice San Agustín, debe procurarse lo que permanece para siempre y no puede serle arrebatado por algún golpe cruel de la fortuna. Cuando tenemos a Dios, somos felices».

Con el fin de no quedar anclados en lo que pueden parecer meros principios, tratemos de profundizar algo sobre esto. ¿Qué hay del placer y cómo se comporta la alegría frente a una situación de dolor, sufrimiento o duelo? Prudentemente, limitaremos esta cuestión a lo que nos concierne personalmente, a lo que nos podemos decir a nosotros mismos, sin abordar en absoluto el problema del mal en general. Como primera aproximación, tomaremos como ejemplo el parto, un tema que Jesús utiliza en una parábola (Juan 16,21). Al principio se siente angustia y dolor, pero estos sufrimientos pueden ya ser atravesados por una alegría que no se da sin pasar por ellos: la alegría de una vida nueva. El dolor prepara misteriosamente algo nuevo en nosotros.

Una segunda aproximación: en lugar de soportar la desgracia, podemos proponernos discernir en ella una prueba, o lo que es lo mismo, un ponernos a prueba, un desafío. Consiste en distanciarse un poco del dolor para ponerlo frente a nuestros ojos. Afrontarlo supone de alguna manera desapegarlo de nosotros. Y recordemos lo

que hemos mencionado ya: que el placer requiere una cierta facilidad en lo que hacemos, una cierta calidad de ser y una perfección buscada. Podemos aplicar lo mismo ante una situación de desafío. Antes que dejarnos aplastar, poner todo nuestro empeño en la prueba prestando atención a que nuestra reacción sea proporcionada, y a no malgastar energía psíquica. San Agustín señala: «En lo que respecta a la tribulación, ésta será lo que tú hayas querido que sea: un entrenamiento o una condena. Si encuentra en ti oro y no paja, te purificará en vez de reducirte a cenizas».

Una actitud así pone en movimiento el deseo de ser que nos constituye. La voluntad renuncia, desde luego, a un placer o a una alegría que parecían al alcance de la mano, y ello por necesidad. Pero no renuncia al deseo de plenitud del que dependen el placer y aún más la alegría; la voluntad no renuncia a este pacto consigo misma, a una manera de unificarse en un «sí» más grande que el «no» contrario a un placer o a una alegría. Renunciar a este placer no significa renunciar al deseo de complacerse y de estar alegre.

De la alegría al placer

Lo que es verdadero sobre la felicidad se puede aplicar también a la alegría: ésta necesita la experiencia del placer y de algún modo de experimentarse como placer en nosotros. Para hacerse realmente nuestra, ha de revelarse sensible, afectiva. La alegría exhorta al sentido del placer a pasar a un plano espiritual para con-

vertirse en nuestra manera de complacernos en Dios, en su Palabra, en la búsqueda contemplativa, en la liturgia, en el estudio de la teología, en el cuidado del hermano. La sensibilidad, tan presente en la oración, está llamada, junto a la voluntad y la inteligencia, a vibrar al unísono con la fe, con la condición expresa de no pretender ser la norma de la oración o de la calidad del amor, ni de actuar subrepticamente como fin de la oración. No hay que desconfiar de la afectividad en la vida espiritual, siempre que su criterio, también aplicado a la afectividad misma, sea la fe o, mejor aún la gracia de Dios.

La afectividad constituye nuestra relación más inmediata con nuestro ser. Sin ella no somos verdaderamente nosotros mismos. Esto es lo que ella aporta de esencial a la fe, y de alguna manera en la misma línea, si el gusto del placer acompaña a lo que supone el sentido de la vida, de su duración, de su florecimiento, es importante que el encuentro con Dios, su cercanía y el conjunto de sus exigencias se conciban y vivan como el surgimiento por excelencia de la vida.

El placer se nos muestra como el símbolo de la felicidad, y lo mismo podemos decir sobre la alegría. El placer puede convertirse en un rodeo para descubrir mejor la alegría. Así lo expresa este texto de San Agustín: «¿Quién puede vivir sin afecto? ¿Pensáis, hermanos míos, que aquellos que temen a Dios, le honran y le aman, no sienten afecto? ¿De verdad te atreverías a pensar que la comida, el teatro, la caza o la pesca, ofrecen goces y las obras de Dios no? ¿El pensamiento de Dios no habría de despertar el afecto interior cuando

contemplamos el mundo y el espectáculo de la naturaleza, cuando en ella buscamos a su creador y cuando le encontramos sin experimentar nunca desagrado –al contrario, con un placer incomparable?»

Es verdad que en un primer momento que jamás termina, la fe es ruptura; ruptura con respecto a nuestra escala de valores, a nuestras ideas, a lo que consideramos realidad, a lo que llamamos espontáneamente vida, placer, felicidad, bien y mal... ella es el paso desde una existencia en la que somos el centro, a una existencia que se convierte en impulso hacia Dios. No nos ahorramos la conversión. Pero para que no se convierta en una superestructura artificial menos en nosotros que fuera de nosotros, la fe –y se puede decir lo mismo de la alegría esencial– ha de ser como un árbol en primavera, un árbol por el que asciende la savia. Se trata de que ésta recoja y haga subir desde la raíz a la copa todo lo que hay en nosotros más instintivo, más vital, más inmediato, más dispuesto al placer, más sediento de felicidad. Porque ahí es donde se halla en nosotros la energía que poner al servicio de la vida nueva.

Por otro lado, si La alegría recibe así del placer su dimensión concreta, aporta también a la experiencia del placer una viveza nueva, una intensidad y un asombro nuevos. Sí, para quien se recibe de dios y comprende que recibe de él toda su vida, surgen toda clase de placeres sin ni siquiera buscarlos, sino que se le presentan, en ellos descubre la armonía y la gratuidad. Es parecido a lo que ocurre tras haber estado muy enfermos, Y se redescubre la vida como si fuera nueva. Nada resulta trivial: saboreamos como si fuera la pri-

mera vez el aire y la luz de la habitación, la vista desde la ventana, la posibilidad de caminar, el rostro y las actitudes del otro... Ahora bien, la alegría de la fe consiste realmente en redescubrir la vida con un gusto más refinado, dispuesto a asombrarse y a maravillarse. Y la acción de gracias que conlleva, aquello que es más permeable al placer. sin embargo, no caemos en el angelismo: hay que precisar que la alegría espera del placer que tenga la misma actitud que ella: las manos abiertas, de manera desinteresada y generosa, y la mirada orientada más allá de uno mismo.

De esta manera todo nuestro ser cantará:
«Señor, la parte de mi herencia y mi copa
Tú mi suerte aseguras;
la parte que me corresponde hace mis delicias,
mi heredad es preciosa para mí.
Por eso mi corazón exulta de alegría,
y mi alma se regocija,
y hasta mi carne en seguro descansa;
pues no me abandonarás a la muerte,
no dejarás a tu amigo ver la corrupción.
Me enseñarás el camino de la vida,
hartura de goces, delante de tu rostro
a tu derecha, delicias para siempre.» (Salmo 16).

Traducción del francés de Amaya Valcárcel